

Cultura a la contra

Para nada

"Hay años que no está uno para nada", decía —creo— un antiguo humorista de derechas; los de izquierdas, claro, no tienen días así: están demasiado ocupados firmando pactos y consensos, y colaborando al esplín y a la neurosis de los escritores de derechas y otros señoritos, poniéndoselo fácil para que puedan dedicarse a sus cultos menesteres, como el de hacer gracia. Por eso, el humorismo —al cual otro insigne derechista, Ramón, dedicó un manifiesto entero— ha sido casi siempre de derechas, si no conservador (eso, por su misma naturaleza, nunca puede serlo el humor). Tenían tiempo, rentas y posibilidad de exhibir la mala leche con el correspondiente permiso gubernativo, con póliza de tres pesetas —¡ay!, aquellas pólizas y ventanillas de negociados, sobre las que (siguiendo los pasos de Larra, que no era de derechas ni mucho menos) ironizaban tanto— y seguridades personales.

Nosotros, que ni de derechas ni de izquierdas —somos más bien adoradores del Caos multiforme e insensato—, hace ya lustros, y aun centurias, que no estamos para nada. Pero de verdad, para nada; a no ser para el arrastre. Nos morimos de sobredosis de existencia, y los basureros nos encuentran tirados en el interior de esos grandes cilindros negros donde las porteras depositan por las noches los detritus de todo el vecindario. Ya ni nos miran; alguno comenta, por lo bajo, "Qué trompa tenía éste", mientras nos arroja a la trituradora, donde ni siquiera tenemos fuerza para gritar mientras nos arrancan de cuajo los miembros, y luego la cabeza. Nuestra muerte ni siquiera es un espectáculo; nos roban, incluso, el suicidio, la última dignidad del ser humano: tratan primero de convencernos para que sigamos vivos y produzcamos más. Y cuando al fin lo hacemos, dicen que fue un accidente o —cuando aparecemos ya colgados de una higuera y con nota explicativa al pie del cadáver— alegan que fue "en un momento de enajenación", lo que puede que hayamos hecho en el momento más lúcido de nuestra vida. Y si sobrevivimos, pueden incluso meternos en manicomios. Y es que, claro, estamos locos. Loco está cualquiera que no aprecie las bellezas del Metro, que no se embobe con la tele, que no vote a su líder, que no quiera encerrarse en el maco sin retorno del curre fijo, las letras y la pañeta servidora de sopa siempre demasiado caliente o demasiado fría. Locos, aquí y en Rusia, somos los disidentes; y hay que cebarnos de haloperidol, largactil y otras camisas de fuerza para que no demos mucho la lata al personal.

Bueno, pues que nos encierren: del encierro al entierro no hay más que un paso, una letra que cambiar (que no de cambio). Y si no lo hacemos, si no damos el pequeño salto hacia el vacío, podemos también recordar, con Baudelaire, que el suicidio es un pensamiento que ayuda a pasar más de una mala noche. Y recordar a Brian Jones —muerto en piscina—, a Jim Morrison —en bañera, esta vez, de sobredosis de alcohol—, a Janis Joplin, superchutada y borracha; a Syd Vicious, harto de ser el malo del cuento, y a otros muchos suicidas y lobotomizados del show-business, del gran teatro del mundo.

Y si no, hacer lo que yo. Escribir memeces a lo largo del día, dirigidas a un público de suicidas potenciales, a ver si les doy el empujoncito final. O si —con algo de suerte— les corto la cuerda, ese rollo de la muerte, y les explico —como me tengo que explicar a mí por las mañanas— que bueno, que se trata nada más de seguir haciendo cosas para nada. ■ EDUARDO HARO IBARS.

ningún momento suenan a pergeñados en laboratorio. Hay en ellos dureza, sarcasmo, desgana, odio y lo que tenga que haber, pero sin pacato sometimiento a los peores retoricismos del género "negro". Como muestra, éste entre la vejestoria influyente y el extra ansioso por el estrellato:

"Me senté a su lado en el diván".

"Algún día actuaré en una es-



cena como ésta —pensé—, en mil escenas como ésta..."

—¿De qué hablamos? —inquirió ella.

—De cualquier cosa, de lo que usted quiera.

—Hablemos de ti. No me olvidarás cuando seas un actor famoso, ¿verdad?

—Claro que no.

Por supuesto que en la novela, McCoy deja ver a las claras su opinión sobre cómo sube la espuma de un Hitler cada vez más agresivo, sobre la catadura de los magnates hollywoodenses, sobre la poca salida de una sociedad como la estadounidense, plagada de desempleo y violencia. Ninguno de esos elementos de-

nunciadores ha envejecido, pero ello se debe a la capacidad narrativa del autor.

Sólo hay un suicido en "Luces de Hollywood". Ni asesinatos, ni violencias palpables, ni detectives, ni tramas gangsteriles. Y, sin embargo, es de las novelas más "negras" que pueden leerse. Sobre todo, constituye toda una lección para los novelistas españoles, que en un clima de libertades formales no parecen haber encontrado aún el modo de mostrar convincentemente lo que aquí pasa, eso que todo el mundo sabe y que nadie acierta a decir. Mientras aquí los cantamañanas nos invaden las páginas culturales con sus polémicas de tres al cuarto, o bien abominan de un "realismo" que nunca existió porque estaba prohibido llamar pan al pan, leer algo escrito hace más de cuarenta años por un tal McCoy es todo un respiro, una demostración de que, cuando se quiere hablar de lo que nos pasa a todos, se puede. ■ MIGUEL BAYON.

CINE

"Ernesto"

Salvatore Samperi (el director de "Malizia") sigue empeñado en contarnos las experiencias sexuales de los adolescentes en un pretendido tono crítico que incluya la inevitable sátira sobre la sociedad represora. Mientras que en "Malizia" estaba bien lejos de conseguir ese objetivo para sustituirlo por el de una vul-

"Ernesto", de Salvatore Samperi.



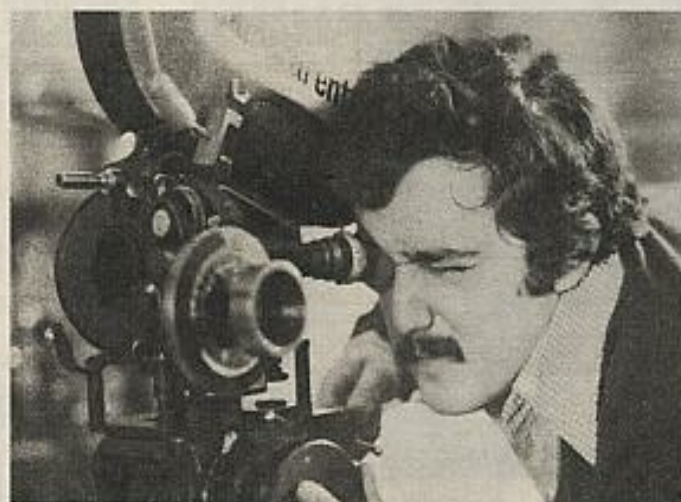
gar película erótica con ramalazos de humor, en "Ernesto" está más cerca, aunque tampoco lo logre plenamente ni mucho menos: se le van las fuerzas en querer también una película impactante para un público burgués o aburguesado, es decir, en provocar el suficiente escándalo como para que su película sea fácilmente comerciable. Y así, la historia de Ernesto, el joven que se inicia en experiencias homosexuales, para más tarde alternarlas con las de la ambigua pareja de los gemelos (hermano homosexual, hermana heterosexual), se queda en simple juego de sorpresas, sin que el punto de vista de Samperi sea una defensa de esa libertad sexual ni una condena; sin que el telón de fondo de esa sociedad tenga mucho que ver con las experiencias íntimas del muchacho y sin que el tono de comedia (en ocasiones excelente) sea tampoco una elección ideológica o moral.

Quizá "Ernesto" quiera ser la historia de una renuncia, del aburguesamiento del adolescente que prescinde de sus gustos sexuales para aceptar la mecánica fagocitadora de su medio ambiente. Pero, en cualquier caso, esa posibilidad no se plantea hasta los últimos momentos de la película y el excelente plano final. Samperi, como de costumbre, se diversifica y no acaba de encontrar el camino coherente. Sin olvidar su inevitable hortez cuando, por ejemplo, para contar las aficiones musicales de Ernesto, le hace imaginarse a él mismo en un escenario. Técnicas narrativas del año catapón para una historia que quiere plantear una opinión moderna sobre el sexo.

La película se vio en el último Festival de Berlín, donde Salvatore Samperi no supo contestar a los continuos ataques que recibía de sus entrevistadores. Encogándose de hombros, se hacía un lío. Pero quizá es que las preguntas no entraban en lo único que Samperi tenía claro: hacer mucho dinero y pronto. ■ DIEGO GALAN.

El difícil mundo del cortometraje

Un entusiasta aficionado al cine que trabaja en esta revista preguntaba hace unos días las razones por las que no se comen-



Imanol Uribe, director del corto antinuclear "Ex".

tan también aquí los cortometrajes. Y al plantear ese problema metía el dedo en la llaga de uno de los suplicios que debe sufrir el cortometraje en nuestro país. La razón inmediata que podía dársele es que los cortometrajes se estrenan de manera caprichosa en no importa qué cine, sin previo aviso y que no siempre permanecen en cartel el tiempo que dura la película a la que acompaña. Por otra parte, la programación de cortometrajes —salvo escasísimas excepciones— es independiente de la de los largos, y así podemos ver en distintos cines el mismo corto durante varios años, mientras que cortos mejores o al menos inéditos desaparecen en una semana para no ser vistos nunca más. En esas condiciones parecía injusto comentar los cortometrajes que acompañan a los largos que vemos en las salas en que los vemos, es decir, un espectador que elija una sala distinta no ve ya el mismo corto, aunque sea en la misma ciudad, y un espectador de otra ciudad no verá jamás el corto que comentamos o lo verá por casualidad. Es común a los locales españoles no anunciar el corto que proyectan.

¿Qué servicio puede prestársele al corto desde una sección crítica si el espectador, además, no elige la sala o la película por el corto que acompaña? ¿Qué garantías, por otra parte, puede tener el crítico de que el corto se proyecte en todas las sesiones cuando también es costumbre frecuente que se elimine en algunos países para aprovechar más el tiempo y proyectar una vez más al día la

película larga? Existe una obligación de proyectar cortos; recientemente, además, en las reivindicaciones realizadas por la profesión cinematográfica frente al Ministerio de Cultura —que el Ministerio, dicho sea de paso, se comprometió a llevar al Parlamento en este mes de septiembre—, se incluyó la de que el corto tuviera un minutaje mínimo de proyección y una obligatoriedad de cuota de pantalla similar a la del largo. Reivindicaciones formuladas por Luis Esteban Lasala que, a pesar de su timidez natural, viene siendo desde hace tiempo el productor que más intrépidamente defiende la vida del cortometraje. Pero esas reivindicaciones, caso de ser complacidas, no eliminarán la triste vida pública del cortometraje; como mucho, quizá, su penosísima vida económica. El espectador, sin embargo, seguirá sin saber qué va a ver y cuándo. Desconcierto que, por otra parte, no ayuda demasiado a favorecer una mejor consideración desde espectador respecto a este tipo de cine. El mundo del cortometraje suele estar vilipendiado (entre otros, por los realizadores de largos que gozan despotricando contra quienes trabajan en condiciones muy inferiores a las suyas); en ocasiones, con las mismas razones con que pueden vilipendiarse los largos (no; con más aún. El largo nos cuesta dinero y el corto es un regalo que dura poco). De ahí que, en ese ambiente confuso y ante la posibilidad injusta de hacer juicios negativos contra una obra que ya tiene difícil desde su nacimiento hasta su defunción,

decidiéramos hace tiempo no comentar más los cortos que arbitrariamente nos proyectan en algunas salas. Otra cosa distinta es la crónica de festivales especializados. El próximo mes de octubre volverá a celebrarse el de Huesca y, como en años anteriores, registraremos aquí su contenido. ■ D. G.

TEATRO

El Principal, para Valencia

Al fin, tras muchos años de lucha incruenta, el mantenimiento del Hospital Provincial valenciano ya no va a contribuir a la analfabetización teatral de los ciudadanos. La idea de que una cosa es la cultura y otra la sanidad pública, y de que tan absurdo sería curar una úlcera de estómago con una buena "Fuenteovejuna" como empeñarse en operar a quienes necesitan desarrollar su sensibilidad, su inteligencia y su conciencia social, acaba de ser proclamada oficialmente en mi ciudad. Quienes, durante años, tuvimos la audacia de afirmarla públicamente, negando lo que a las autoridades valencianas de la época —en especial, a la Diputación— parecía lógico, lo celebramos como una victoria. Al fin, el Principal, un instrumento potencialmente básico para el desarrollo de una vida teatral al servicio de la ciudad, ha sido rescatado de sus dos grandes enemigos: la empresa privada y las necesidades del hospital. Ahora será un teatro de interés público, regido por dos directores —Armando Moreno y Rodolfo Sirera—, a quienes se les pide, sobre todo, una buena gestión cultural, sabiendo que ésta es inseparable del respaldo social, es decir, de una asistencia razonable de público que haga de la temporada no sólo una sucesión de buenos espectáculos, sino, a la vez, un trabajo artístico útilmente proyectado.

Conocidas son las personalidades de Armando Moreno y Rodolfo Sirera. El primero ha sido el director de la compañía de Nuria Espert, su esposa, además de realizar, siempre con seriedad,